

Chólojev: De Rusia, sin contemplaciones

Faltan dos minutos para la partida del expreso Moscú-Rostov, a las seis de la tarde, un día de junio pasado. Los acompañantes derraman sus advertencias y los viajeros resagados se inquietan. Menos uno: un hombre demorado al borde de la senectud, de mediana estatura, estrictamente vestido de negro, con corbata del mismo color y un sombrero blanco, algo gastado. Casi con deliberada lentitud, el hombre recorre los flancos de dos o tres vagones; quizá así siquiera observa las letras doradas que proclaman el nombre del expreso: *El Don apocólie*. Por fin, con agilidad traza a un vagón y las empujadas de uniforme, que abren y cierran las portecillas, se alborotan para adelantarse a saludarle, darle la mano, conducirlo hasta su asiento. Porque ese viajero es, de alguna manera, una suerte de copropietario del tren y, además, un Premio Nobel de Literatura: se llama Mijail Chólojev y es el autor, precisamente, de *El Don apocólie*, la novela contemporánea más leída y amada por los rusos, equiparable —en cuanto al volumen— a *La guerra y la paz*, de León Tolstói.

En el andén han quedado, agitando las manos, los dos hijos varones de Chólojev: el mayor, Alejandro, un agrónomo-biólogo que reside en Crimea, y el segundo, Mijail, un leñador radicado en Rostov. Ambos se encontraron en Moscú donde los habían conducido sus respectivas profesiones: Alejandro en comisión de servicio, y Mijail por el Congreso Oceanológico. Las dos hijas, en cambio, viven permanentemente en la capital: Svetlana es periodista, trabaja en la revista *Krestianka* (La Campesina), y María estudia en la Universidad. El marido de Svetlana es oficial de marina, y uno de sus hijos delira ya con navegar. "Es verdad que mi familia tiene una curiosa vocación marina —admite el escritor—; pero tampoco ustedes, los periodistas, vacilarían en tirarse al océano para buscarme, si yo me ocultara en el fondo." Porque Chólojev acaba de descubrir que en su compartimiento se ha infiltrado un reportero de la agencia Novosti y que, por ende, su viaje no será tan solitario y calmo como lo había calculado.

En el fondo del mar

Designándose, el Premio Nobel termina de consumir un cigarrillo, sujetando por la punta la colilla reducida ya al mínimo: es una costumbre que le ha quedado de los tiempos en que una brizna de tabaco se cotizaba en Rusia a precio de oro. Con los dedos amarillos de nicotina, se acaricia el sedoso bigote que conserva rastros del color rubio de su juventud, y un cerco de pequeñas arrugas le invade los párpados cuando enfoca los campos dorados por el sol poniente. "¿Por qué escribe despacio? —murmura, replicando la pregunta del periodista—. No sé,

nunca se me ocurrió batir records de velocidad." Y abunda en sentencias más o menos pertinentes: "La palabra no es un gorrión: una vez soltada, ya no se la recoge más. Mi norma es: mide siete veces y corta una".

Así se le fueron diecisiete años en escribir *El Don apocólie*. Hace veintitrés que se publicaron los primeros capítulos de *Combación* por la patria, una novela que —a lo mejor— sale de imprenta este año. Entre la primera y la segunda parte de *Campos roturados*, transcurrieron dos décadas; y aun *Campos interrumpidos* la redacción de *El Don*, porque su tema —la colectivización en la aldea soviética— era, según Chólojev, "necesario en aquellos tiempos, en el año 1934". Adverbió, el novelista es Diputado al Soviet Supremo, elegido por séptima vez para esa representación el 11 de junio último. Pero sostiene que esa actividad no choca con su dedicación a la literatura: "Al contrario, soy Diputado desde las primeras elecciones, en 1937, y en estas tres décadas nunca he dejado de escribir lo que me había propuesto", asegura.

Pero no es únicamente la política. También se trata de una popularidad que sólo encuentra parangón en las estrellas de cine o los cantantes de Occidente. "El año pasado —memora Chólojev, cabeciendo al ritmo del expreso— recibí 18.800 cartas, sin contar las de felicitación por el Nobel; y las he contestado todas personalmente." Hay más estadísticas: "Cada día me visitan de diez a veinte personas, que en el verano, en mi finca (chacra) de Vólsenskaia, en Ucrania, llegan a doscientas. Y las recibo a todas". Sin embargo, las infinitas páginas de



Premiado Chólojev: ¿Conservador?

sus "colosos" literarios se acumulan implacablemente, no impedidos ni siquiera por los numerosos transeúntes que se precipitan en plena calle sobre Chólojev, y con la voz húmeda por la emoción, le extienden la mano y le dicen, como si no lo creyeran: "¡Es usted el autor de *El Don apocólie*!" "Tampoco ellos me molestan —afirma el ídolo de las multitudes—, porque yo trabajo en mi casa y no en la calle."

El cosaco del Don

Con los 54 mil dólares del Premio Nobel, Chólojev anunció la realización de un viaje a Sudamérica, en 1955. Pero informa que ha debido postergarlo, porque lo han invitado a la India. "Iré a América del Sur —prometo empobreciéndome—. Sé que es un continente muy hermoso, por el cine y las tarjetas postales." Casi no hay trazo del escritor que no contenga una intención didáctica: "Durante los viajes —declara— se descansa del trabajo, el organismo se desconecta de la rutina y yo diría que se enriquece uno espiritualmente: nuevos personajes, nuevos modos de vida. Los viajes no son para mí un turismo ocioso, sino un proceso de conocimiento". O, por ejemplo: "Siempre me ha enriquecido el trato con el pueblo: las vidas, las penas y las alegrías de los otros, todo esto es material vivo para el escritor. Sin ello, me aburriría, probablemente". O, también: "El escritor debe contribuir al triunfo de los principios nobles en la vida social. Debe sentirse responsable siempre ante la sociedad, pues su arte ha de servirle".

Antes de ingresar en esta disciplina, el joven Mijail —un auténtico cosaco del Don, nacido en Ucrania— atravesó por varios oficios, que nunca horaron en él una cierta aspereza. Por eso, cuando el año pasado recibió el Premio Nobel en Estocolmo, hubo alguna curiosidad en conocer cómo reaccionaría este comunista convencido frente al protocolo de la corte sueca, y al Rey Gustavo Adolfo VI, que iba a entregarle la recompensa. Pero no hubo ningún tropiezo: vestido de frac, junto a su mujer —ataviada de largo, con tónica y bolso bordados con lentejuelas—, Chólojev recibió con leve inclinación de cabeza el apretón de manos del monarca y luego, sin vacilar, retrocedió los doce pasos reglamentarios y ascendió de espaldas la escalinata del estrado, sin quitar su mirada del portarretró.

Es que Chólojev es un sutil diplomático. Cuando se le pregunta por su escritor predilecto, contesta: "Lo han sido varios, en distintos tiempos". Y si el interrogador es insistente y quiere saber qué libros le gustan, la evasiva parece tan inocente como la sonrisa que la acompaña: "Cada uno a su modo..." Puede encenderse, no obstante —como el botón rojo del sol, que desciende ahora sobre Rusia Central—, si se rosa el tema del realismo social y se le sugiere que en Occidente se lo considera una corriente literaria anticuada. "El realismo social no es una corriente —arguye el escritor—; es un enfoque de la literatura. Una manera de expresar una concepción del mundo, a la cual no conviene ni lo contemplativo ni la evasión de la vida."

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Chólojob, de Rusia, sin contemplaciones. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile